***C a p i t u l o U n o***

***Don Matías***

***La Desgracia***

Como cada tarde después de trabajar varias horas bajo el sol quemante “Don Matías” mi abuelo dejó machete y huaraches y se acomodó a descansar en su hamaca bajo la sombra de un árbol de mango, mi abuelo disfrutaba el silencio y tranquilidad en su Rancho Celeste, ubicado a las afueras de Soteapan.

Mi abuela y mi mamá acarreaban en la cansada mula comida y agua para los animales del rancho, escucharon que se acercaban caballos por la otra vereda que llega del pueblo, sonaron seis tiros de pistola, corrieron inmediatamente a casa, corrió más rápido mi mamá porque solo tenía trece años; al llegar vio a mi abuelo tirado en el suelo bajo la hamaca, ensangrentado, no lo tocó le dio miedo ver su cara, mi abuela llegó gritando desconsolada “Matías que te hicieron, Matías háblame…”, Mi abuela le gritó a mi mamá para que arrimara una carretilla de madera que estaba cerca, con mucho esfuerzo y valentía ambas lo subieron y lo llevaron a la casa de Herminia, la madrina de bautizo de mi mamá, su rancho estaba no lejos del “Rancho Celeste”; Herminia sabía curar con hierbas, era leída y sabría aconsejarlas. Mi abuela angustiada empujaba con fuerza esa lastimosa carretilla de madera podrida. Herminia alta, fuerte y guapa salió de su casa al escuchar los gritos de mi abuela, enseguida ayudó a meter al abuelo al granero, considerando que los asesinos intentarían rematarlo si sabían que sobrevivió.

Mi abuelo entre su agonía tomó a mamá del brazo y con voz cansada le escuchó decir “fue El Tuerto, huyan...” mamá dijo inmediatamente a la abuela lo que escuchó y sus caras palidecieron. “El Tuerto” y sus dos hijos eran bien conocidos por ser asesinos y ladrones desalmados que asaltaban a comerciantes del rumbo y que rondaban la zona de Acayucan, nadie podía asegurar donde se escondían.

La Abuela presintió que habían robado la alforja con monedas de plata que guardaba el abuelo bajo su cama, esas monedas las utilizaba para comprar puercos, vacas o cualquier cosa que le ofrecieran a buen precio y le dejara ganancias. El resto del dinero lo había enterrado en un lugar que solo él conocía.

Toda esa noche con luz de velas la abuela y Herminia lo curaron y cuidaron, mi abuelo se quejaba y deliraba por la fiebre alta; no estoy segura pero creo que le sacaron tres balas que tenía en el pecho y piernas. Como antiséptico utilizaban mezcal, como vendajes trozos de camisas de manta del marido fallecido de la madrina, las cuales se llenaban de sangre y se aventaban en un rincón del granero para luego quemarse.

Al amanecer la madrina habiendo analizado la situación y sin mucha vuelta al asunto sugirió y recomendó a mi abuela que se fueran por un tiempo a la sierra a esconderse, dijo que si “El Tuerto” se enteraba que Matías no murió, regresaría a terminar el trabajo. Mi abuela la miró y no supo que decir, mil preguntas inundaron su mente sin poderlas expresar.

Herminia buscó a Agustín quien tenía trabajando con ella prácticamente toda la vida y era de toda su confianza; lo instruyó con indicaciones precisas, para que iniciara el viaje hacia la sierra en busca de Juvenal un enamorado quien desde hace años vive como ermitaño en la Sierra de Santa Martha y quien juró ayudarla cuando así se lo solicitara. Agustín rápidamente preparó su machete, itacate con tacos de frijoles y un bule con agua ya que sabía que sería pesada la caminata cuesta arriba.

Después de varias horas caminando entre pinos, sauces, robles, abetos y arces, inesperadamente Juvenal se le apareció frente a él con un machete en mano y le pidió el “Santo y Seña”. Hacía años que no se miraban, se reconocieron después de segundos mirarse a los ojos ya que ahora ambos eran adultos, robustos, maltratados por el trabajo y por la vida; en su infancia convivieron juntos, eran nacidos en el mismo pueblo. Agustín el mozo aun respirando agitado por el cansancio de la caminata y siguiendo al pie de la letra indicaciones de la patrona Herminia, vio a los ojos a Juvenal y le dijo: “Don Juvenal, dice mi patrona “doña Herminia” que ya le tiene su encargo”. Juvenal asintió con la cabeza dándose por enterado; ambos caminaron unos metros hasta un pequeño arroyo donde Juvenal llenó el bule de agua de Agustín, el mozo se hincó para enjuagar sus manos y cara y se preparó para iniciar su caminata de regreso para que no le sorprendiera la oscuridad en el camino; se despidieron mirándose a los ojos y un fuerte apretón de manos.

A mi abuelo lo cuidaban con hierbas, ungüentos, paciencia y amor. Aun deliraba por la fiebre, en un momento que tuvo de lucidez, llamó a mi abuela para explicarle donde estaban enterradas sus monedas -Pon atención- le dijo tomándola de la mano, porque siento que no sobreviviré a ésta; mi mamá sin que se diera cuenta mi abuela, se acercó por detrás y escuchó lo que le decía:

-“Sobre el Arroyo San Pedro, poco antes de llegar a la cascada aguas abajo por la margen izquierda, encuentra dos Guayacanes rojos juntos, entre ellos está enterrado un bote alcoholero con nuestras monedas.” -

Mi mamá cansada y angustiada por unas horas quedó dormida sobre un catre, al despertar miró un señor alto, robusto, overol de mezclilla, sombrero de palma, huaraches de correas y barba desaliñada, junto a la madrina Herminia, ayudando en las curaciones de mi abuelo, mi mamá caminó acercándose despacio sin dejar de mirarlo, notó sus ojos tristes y dulces a la vez, en ese momento mamá no lo comprendió.

La Madrina Herminia presentó a mamá con Don Juvenal, agregando que él ayudaría a llevarlas y cuidarlas en una cabaña en la Sierra. En ese momento llegó la abuela con ropas limpias para ella y para mi mamá que trajo de casa, se fue caminando discretamente para que los vecinos del pueblo no la vieran y evitar comentarios; efectivamente había desaparecido la alforja con monedas de plata del abuelo que guardaba bajo su cama.

“La historia de Don Juvenal y Herminia la madrina de mi mamá se remonta a muchos años atrás: Juvenal trabajaba de cargador, mandadero y lo que se ofreciera en el único almacén del pueblo, propiedad de “Don Rubén” quien tenía tres hijas que no eran afectas a trabajar, solo sabían sonreír y lucir los elegantes vestidos floreados que les confeccionaba su mamá.

Los sábados por la mañana Herminia y su papá acudían a comprar los víveres para el rancho en su carreta tirada por bueyes; allí se miraron por primera vez. Juvenal era un joven fuerte, servicial y con una sonrisa encantadora.

Como todos en el pueblo, Herminia y Juvenal todos los domingos acudían a misa del medio día donde más que escuchar las palabras del padre, intercambiaban miradas y sonrisas. Semanas después con sigilo se entregaban cartas de amor, en una de ellas juvenal le propuso fugarse para llevarla a vivir a la ciudad.

Después de muchas frases tiernas Herminia se sintió enamorada y le dio el sí, lo esperaría el sábado a la media noche en la entrada de su rancho.

Se acercaba la media noche del sábado, inició una tormenta con ráfagas de viento que llegaba del Golfo de México, mientras ensillaba su caballo “Negro” reunía sus pocas pertenencias y el dinero ahorrado por meses.

Inició su recorrido con cautela por una estrecha vereda hacia el rancho de su amada Herminia; sentía la lluvia en sus ojos y ansiedad por llegar puntual al lugar acordado. Era complicado el andar para “Negro” sus patas se hundían en la arcilla del camino; con la caída de un rayo muy cerca de la vereda “Negro” sobresalto, resbaló una de sus patas traseras y desbarrancó hacia su costado derecho, Juvenal bien sujetado a su caballo calló quedando atrapado debajo del animal.

Lastimado de su pierna derecha e inconsciente, permaneció toda la noche entre el fango hasta que la mañana siguiente cuando unos rancheros que se dirigían a la ordeña vieron a “Negro” de pie junto a un bulto que se quejaba de dolor; Juvenal fue llevado a su casa por los rancheros quienes con técnicas poco ortodoxas limpiaron las heridas y raspones e inmovilizaron su pierna; permaneció en cama varias semanas.

Ese accidente fue la noticia en el pueblo que se esparció como pólvora, el papá de Herminia se enteró del plan de su hija reprobándolo tajantemente por lo que decidió realizar un compromiso matrimonial con Don Anselmo su amigo, un hacendado bonachón dueño de fincas de café que siempre había visto con respeto y buenos ojos a Herminia para su único hijo.

El afortunado novio fue “Chema” un joven mimado pero muy hábil para los negocios del café; el matrimonio entre Chema y Herminia siempre se dio en buenos términos y duró poco más de seis años; “Chema” una noche de otoño quedó dormido para nunca despertar, hasta el día de su muerte Herminia recibió respeto, comodidades y cariño.

Para cuando Juvenal pudo salir de su casa era demasiado tarde, su Herminia del alma era ya esposa de “Chema”. Durante meses se le veía tomando y vagando por la vereda donde sucedió su accidente aquella noche de tormenta; tiempo después enamoró a Sofía, una chica alegre de ojos claros a quien llevo a vivir a su rancho; un año después Sofía falleció en labor de parto. Desde entonces Juvenal se refugió en la sierra no sin antes buscar a Herminia para prometerle ayudarla cuando ella se lo solicitara.”

El plan de llevar al atardecer a los abuelos y a mi mamá a la Sierra estaba hecho, Don Juvenal, allá estarían mientras mi abuelo mejoraba y se calmaban las aguas en el pueblo. Don Juvenal con polines de madera y mantas encontrados en el granero construyó sobre dos mulas una camilla rústica.

Agustín, con instrucciones precisas de La Madrina, se dirigió al pueblo con monedas de plata y dos mulas para comprar toda la comida que pudiera. Agustín era la única persona que sabía que mis abuelos y mi mamá estaban en el granero.

Mi mamá sentía miedo de saber que llevaría al abuelo a la sierra, pero también temía que alguna noche “El Tuerto” les sorprendiera en el granero, llegó el atardecer y se alistaron para la partida.

La Madrina se acercó a Don Juvenal, tomó sus manos con ternura y agradeció su apoyo, sus manos delgadas y suaves acariciaron su rostro cansado y con un tierno abrazo y un beso en sus mejillas se alejó lentamente.

Él solo la miró, no necesitó palabras para mostrarle que el amor por ella aún existía, inevitablemente ambos recordaron aquella noche trágica cuando el destino impidió que se unieran para amarse.

La madrina haciéndose la fuerte los despidió con lágrimas en los ojos y le explicó en varias ocasiones a mi mamá como debía curar al abuelo y qué remedios utilizar; le dio un fuerte abrazo y un beso en sus mejillas; Mi mamá soltó el llanto que desde hace dos días había sido contenido. Don Juvenal, mi abuela y mi mamá iniciaron la caminata con la ayuda de las dos mulas cargando la camilla con el abuelo; Agustín los alcanzaría después con los víveres.

No sé cuántas horas caminaron a oscuras detrás de Don Juvenal, las mulas cargaban al abuelo que a cada paso se quejaba del dolor; de vez en vez Don Juvenal se acercaba al abuelo y colocaba en su boca hojitas de una hierba que traía en un envoltorio guardado en su chamarra, él también se colocaba hojitas en su boca sin dejar de caminar, mi abuelo se quedaba dormido. Mi mamá de la mano de mi abuela caminaba dormida, ella le decía: “vamos chaparrita, ya casi llegamos, ya casi llegamos”, para espantar el sueño bebían sorbos de agua.

Mi mamá despertó con el frío del amanecer sobre un catre dentro de una cabaña rústica que olía a selva y leña; mi abuelo en otro catre, pálido, balbuceaba palabras sin sentido, mi abuela a su lado con los ojos de no haber dormido en varias noches.

Mamá se asomó por una ventanita de la cabaña, vio a Don Juvenal en cuclillas que tenía dos ollas de barro tiznadas sobre una fogata, una con café y otra con sopa, se dio cuenta mamá en ese momento que no comía desde muchas horas atrás, su estómago se acordó de tener hambre y se le antojó comer cualquier cosa que estuviera en esas ollas.

Con una señal con la cabeza, Don Juvenal invitó a mi mamá a acercarse a la fogata, ella no vaciló, se acercó y se sentó en un tronco titiritando de frio mientras le servían en un jarro con café hirviendo endulzado con piloncillo. Escucharon a lo lejos ruidos que poco a poco identificaron, se acercaba Agustín con la mula bien cargada con víveres. Lo recibieron con un poncho de lana, un jarro de café hirviendo y un plato de sopa. Don Juvenal amarró la mula a un árbol le acercó comida mientras bajaba los costales que traía en el lomo, mi mamá ayudaba también a descargar tan valiosa carga. Agustín al terminarse su sopa quedó dormido envuelto en el poncho de lana junto a la fogata.

Mi abuelo resintió el ajetreo del viaje, todo ese día presentó altas temperaturas, mi mamá echaba viajes al arroyo por agua fresca para mojar los trapos con los que cubrían su cuerpo, mi abuela al pie del catre cambiaba trapos y humedecía sus labios.

Don Juvenal nervioso caminaba alrededor de la cabañita, preparaba café, partía leña con hacha desquitándose de no poder hacer más por ellos; además, tampoco estaba acostumbrado a tener “dos viejas y un enfermo” en su cabaña; al atardecer comenzó a soplar el viento, se acercaron las nubes y con ellas comenzó la tormenta, rápidamente protegimos los víveres y nos resguardamos dentro de la cabañita.

Mi abuela pensaba y calculaba para cuántos días alcanzaría la comida que envió la madrina, ¿Dos semanas, un mes? no tenía idea ¿Después qué harían? no tenía dinero. ¿Regresar con la madrina a solicitarle apoyo?, ¿El tuerto estará buscándolos? era una intranquilidad desgastante.

Una semana atrás los problemas de mamá eran elegir el vestido más lindo para pasear a caballo por el pueblo, hoy a sus trece años el problema a solucionar es encontrar las monedas de plata que enterró el abuelo en el arroyo San Pedro. No había opciones, definitivamente mi mamá era la indicada, la abuela todo el día lloraba mientras cuidaba al abuelo.

Lo analizó por horas y después de la tormenta mi mamá tomó la decisión, habló con Don Juvenal explicando su plan para ir en busca de las monedas de plata del abuelo, al terminar de hablar y explicarle su plan, Don Juvenal tajantemente le dijo que ella sola jamás lo lograría, que tendría que acompañarla.

-- Mira niña, dijo Don Juvenal a mamá, tú tendrás muy buenas ideas, mucho coraje y valor pero esto se hará a mi modo, ¿Estamos?

-- ¡Estamos!, respondió mamá... no tenía otra opción.

-- Mañana nos vamos al amanecer, prepara itacate y duerme bien. Hablaré esta noche con tu mamá.

Don Juvenal preparó las dos mulas y herramienta que consideró servirían en lograr el objetivo, mamá preparó bastimento y se fue temprano a dormir porque les esperaba agotadoras jornadas.